

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Nació hacia 1515 en Toledo. Murió en México el 14 de noviembre de 1575, siendo canónigo de la Catedral de México.

Humanista preclaro, historiador. Escribió: *Túmulo imperial, Relación de las exequias hechas en México al Emperador Carlos V* (1560); *Diálogos Latinos*; *Crónica de la Conquista de la Nueva España* (1564-66); *Diálogo de la Dignidad del Hombre* y otras más en las que se refleja su espíritu humanista. Tradujo a Luis Vives.

Los *Diálogos Latinos* publicados por J. García Icazbalceta como *México en 1554, Tres Diálogos Latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año*. México, Antigua Librería de Andrade y Morales, 1875, fueron objeto de un cuidadoso estudio por el eminente polígrafo. Posteriormente analizolas Julio Jiménez Rueda en las Notas preliminares de los *Diálogos* que bajo el nombre de *México en 1554*, publicó en México la Universidad Nacional Autónoma, 1939, VI-191 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario 3); y en nuestros días Edmundo O'Gorman en una edición completa de los *Diálogos*, titulada: *México en 1554 y Túmulo Imperial*, Prólogo y notas de... México, Editorial Porrúa, S. A. 1963, XLVII-236 p. ils. (Colección Sepan cuántos... Núm. 25).

La *Crónica de la Conquista de la Nueva España*, encontrada por don Francisco del Paso y Troncoso, fue analizada por ese sabio historiador al publicarla en Madrid en 1914 entre sus *Papeles de la Nueva España*. Tercera Serie, Historia. Ocupóse de ella también Zelia Nuttall en "Francisco Cervantes de Salazar, Notas biográficas", Traducción de Manuel Romero de Terreros, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 4a. época. T. IV, 1926, p. 279-306. Estudio crítico acerca del historiador vid, Jorge Hugo Díaz Thomé, *Francisco Cervantes de Salazar y su Crónica de la Conquista de la Nueva España*, en J. Hugo Díaz Thomé et al., *Estudios de Historiografía de la Nueva España* con una Introducción de Ramón Iglesia. México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 15-47, también, Agustín Millares Carlo, *Cartas recibidas de España por Francisco Cervantes de Salazar (1569-1575)*, México, 1946, y *Apuntes para un estudio bio-bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar*, México, 1958, del mismo autor.

Pulcra versión inglesa es la siguiente: *Life in the Imperial and Loyal City of México in New Spain and the Royal and Pontifical University of México as Described in the Dialogues for the Study of the Latin Language prepared by Francisco Cervantes de Salazar for Use in His Classes and Printed in 1554 by Juan Pablos*. Now Published in Facsimile with a

Translation by Minnie Lee Barrett Shepard and an Introduction and Notes by Carlos Eduardo Castañeda. Austin, University of Texas Press, 1953, [8]-113 p. 128 facs.

Fuente: Francisco Cervantes de Salazar. *México en 1554. Tres diálogos latinos* traducidos por Joaquín García Icazbalceta. Notas preliminares de Julio Jiménez Rueda. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma 1952. VI-194 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 3).

LA CAPITAL DE NUEVA ESPAÑA

Interlocutores.

ZUAZO y ZAMORA, vecinos; ALFARO, forastero.

ZUAZO. Es tiempo ya, Zamora, de que llevemos a pasear por México, cual nuevo Ulises, a nuestro amigo Alfaro, que tanto lo desea, para que admire la grandeza de tan insigne ciudad. De este modo, mientras le vamos enseñando lo más notable, él nos dirá algo que no sepamos, o nos confirmará lo que ya sabemos.

ZAMORA. Bien pensado, como siempre acostumbras, pues nunca enseñamos con tanto provecho, como cuando al instruir a los demás, aprendemos algo nosotros mismos. Mas dime cómo te parece que iremos mejor: a pie o a caballo.

ZUAZO. Como guste Alfaro, a cuyo obsequio hemos dedicado hoy el día.

ALFARO. Mejor es a caballo, para que vayamos en conversación y sin cansarnos: cuando fuere necesario nos apearemos para entrar en las iglesias o en palacio.

ZUAZO. Ya que así lo prefieres, y pues vendrás cansado del camino, monta en la mula, que te llevará a paso suave y sin maltratarte. Nosotros iremos a caballo: Zamora con las piernas dobladas, y yo extendidas porque así lo exigen las sillas.

ALFARO. ¿Por qué no son iguales las sillas, frenos, bridas y pretales?

ZUAZO. Porque así como no todo conviene a todos los hombres, así tampoco son propios para todos los caballos los mismos jaeces: de unos necesitan los grandes y briosos, de otros los pequeños y de paso llano.

ZAMORA. En fin, salgamos, que de eso hablaremos otra vez. Vaya en medio Alfaro, con eso gozaremos igualmente ambos de su conversación.

ZUAZO. ¿Qué calle tomaremos?

ZAMORA. La de Tacuba, que es una de las principales, y nos lleva en derechura a la plaza.

ALFARO. ¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y ancha! ¡qué recta! ¡qué plana! y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia. Por en medio de la calle, sirviendo a ésta de adorno y al mismo tiempo de comodidad a los vecinos, corre descubierta el agua, por su canal, para que sea más agradable.

ZAMORA. ¿Qué te parecen las casas que tiene a ambos lados, puestas en tanto orden y tan alineadas, que no se desvían ni un ápice?

ALFARO. Todas son magníficas y hechas a gran costa, cual corresponde a vecinos tan nobles y opulentos. Según su solidez, cualquiera diría que no eran casas, sino fortalezas.

ZUAZO. Así convino hacerlas al principio, cuando eran muchos los enemigos, ya que no se podía resguardar la ciudad ciñéndola de torres y murallas.

ALFARO. Prudente determinación; y para que en todo sean perfectas, tampoco exceden de la altura debida, con el fin, si no me engaño, de que la demasiada elevación no les sea causa de ruina, con los terremotos que, según oigo decir, suele haber en esta tierra; y también para que todas reciban el sol por igual, sin hacerse sombra unas a otras.

ZUAZO. Por las mismas razones convino, no solamente que las calles fuesen anchas y desahogadas, como ves, sino también que las casas no se hicieran muy altas, según discurreste muy bien; es decir, para que la ciudad fuese más salubre, no teniendo edificios elevadísimos que impidieran los diversos vientos que con ayuda del sol disipan y alejan los miasmas pestíferos de la laguna vecina.

ALFARO. Las jambas y dinteles no son de ladrillo u otro material vil, sino de grandes piedras, colocadas con arte: sobre la puerta están las armas de los dueños. Los techos son planos, y en las cornisas asoman unas canales de madera o barro, por donde cae a la calle el agua llovediza.

ZAMORA. Pues qué, ¿en España techan de otro modo las casas?

ALFARO. No todas del mismo modo. En ambas Castillas especialmente (pues en Andalucía es vario el uso), la mayor parte de las casas están cubiertas de tejas curvas, que formando muchas como canales, recogen las aguas del cielo

y las arrojan al patio; de suerte que la parte más elevada del edificio, llamada por unos *cubierta* y por otros *tejado*, va subiendo desde ambas paredes maestras, no desde las transversales, hasta terminar en caballete: en lo más alto llevan por adorno veletas, torrecillas o cualquier otro remate. Tales techos, porque tienen dos descensos y reparten el agua a ambos lados, se llaman *de dos aguas*, así como techos a *cuatro vertientes* los que bajan por los cuatro costados. Vuestros techos planos, inventados por los griegos, y usados ahora en Campania, tienen su nombre propio. Mas pregunto: ¿Qué edificio es aquél, mucho más elevado y fuerte que los otros, y con tantas tiendas en los bajos, el cual se extiende a mano derecha, pasada esa ancha y magnífica calle empedrada?

ZAMORA. Es un costado del Palacio, y otro es el que cae a esta otra calle: ambos están unidos por la torre de la esquina.

ALFARO. Eso no es palacio, sino otra ciudad.

ZUAZO. Desde esta calle que, como ves, atraviesa la de Tacuba, ocupan ambas aceras, hasta la plaza, toda clase de artesanos y menestrales, como son carpinteros, herreros, cerrajeros, zapateros, tejedores, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos, torneros, etc., sin que sea admitido hombre alguno de otra condición u oficio.

ALFARO. ¡Qué ruido y qué bulliciosa muchedumbre de gente a pie y a caballo! Más parece una gran feria que una calle. ¿Quiénes ocupan este piso alto, adornado de tan grandes ventanas?

ZUAZO. La Real Audiencia; y la crujía interior aún más magnífica, es del virrey.

ALFARO. Habitación digna ciertamente de personajes tan elevados. ¿Pero qué significan aquellas pesas colgadas de unas cuerdas? ¡Ah! No había caído en cuenta: son las del reloj.

ZUAZO. En efecto; y está colocado en esa elevada torre que une ambos lados del edificio, para que cuando da la hora, la oigan en todas partes los vecinos.

ALFARO. Muy bien pensado.

ZUAZO. Estamos ya en la plaza. Examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad.

ALFARO. Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que

en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío! ¡cuán plana y extensa!, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de altos y soberbios edificios, por todos cuatro vientos!, ¡qué regularidad!, ¡qué belleza!, ¡qué disposición y asiento! En verdad que si se quitasen de en medio aquellos portales de enfrente podría caber en ella un ejército entero.

ZUAZO. Hízose así tan amplia para que no sea preciso llevar a vender nada a otra parte; pues lo que para Roma eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia y Cupedinis, ésta sola lo es para México. Aquí se celebran las ferias o mercados, se hacen las almonedas, y se encuentra toda clase de mercancías; aquí acuden los mercaderes de toda esta tierra con las suyas, y en fin, a esta plaza viene cuanto hay de mejor en España.

ZAMORA. Esta es la fachada del real Palacio, y tercer lado de él.

ALFARO. Aunque tú no lo dijese, hasta de sobra lo dan a conocer aquellos corredores altos, adornados de tantas y tan altas columnas, que por sí solas tienen cierta majestad regia.

ZUAZO. Las columnas son redondas, porque Vitruvio no recomienda mucho las cuadradas, y menos si son estriadas y aisladas.

ALFARO. ¡Qué bien se guarda en ellas la proporción de la altura con el grueso!

ZUAZO. Advierte con qué primor están labrados los arquivas.

ALFARO. No les ceden las basas; pero lo que hace solidísimo el corredor, y le da una apariéncia en verdad regia, son los arcos labrados primorosamente de la misma piedra, que puestos sobre las columnas en lugar de vigas, sostienen el techo para que jamás se derrumbe. También hay balaustradas de piedra, para que nadie corra peligro de caer.

ZUAZO. A estas salas abiertas, que tú llamas *corredores*, porque sirven para pasar, o *solanas*, porque en ellas se toma el sol, llamaron también los antiguos *procestria*. Las hacían con columnas de piedras o ladrillo, colocadas a distancias iguales, sobre cuyas impostas se formaban los arcos, como aquí, para que quedase más majestuoso el edificio. Los arcos eran siempre de medio punto, a semejanza del que vemos en el cielo, y llamamos *arco-iris*. Se ponían tam-

bién antepechos de piedra o madera, para evitar caídas, como las trincheras que usan en la milicia los sitiadores para circunvalar las ciudades.

ALFARO. Hablas doctamente. Sin embargo, también las oigo llamar *galerías*, y por este estilo son los miradores que caen a los patios, jardines o plazas, y reciben los rayos del sol y de la luna. Los barandales con que se rodean las piezas altas, a fin de evitar que por los vanos cayesen quienes andaban en ellas, eran llamados *periboli*, o como dice San Gerónimo, *septa, coronae y circuitus*; o también *loriculae* (pretiles), por la misma metáfora que *loricae* (parapetos).

ZAMORA. Observa ahora, además, qué multitud de tiendas y qué ordenadas, cuán provistas de valiosas mercaderías, qué concurso de forasteros, de compradores y vendedores. Y luego cuánta gente a caballo, y qué murmullo de la muchedumbre de tratantes. Con razón se puede afirmar haberse juntado aquí cuanto hay de notable en el mundo entero.

ALFARO. ¿Qué son aquellas gentes que en tanto número se juntan en los corredores de palacio, y que a veces andan despacio, a veces aprisa, ora se paran, luego corren, tan pronto gritan como se callan, de modo que parecen locos?

ZUAZO. Son litigantes, agentes de negocios, procuradores, escribanos y demás, que apelan a los alcaldes ordinarios a la Real Audiencia, que es el tribunal superior.

ZAMORA. Allí cerca está la sala del real acuerdo, adonde van todos estos a litigar. Si quieres verla, apeémonos, para que a pie veamos también todo el ámbito de la plaza.

ALFARO. Nada me será más agradable.

ZUAZO. El zaguán, es éste; síguese el patio y aquella escalera conduce al tribunal.

ZAMORA. Este aposento que ves, lleno de mesas, bancos y escribientes, le ocupa el correo mayor, sujeto de conocida actividad. Este pasadizo sin puertas, que cae al patio, da entrada a la habitación del virrey, e inmediato está el tribunal. Descúbrete, pues, la cabeza, entra callado y con respeto, y si algo se te ofrece hablar, hazlo en voz baja.

ALFARO. El salón es por cierto grande y bien adornado e infunde no sé qué respeto al entrar. En lugar elevado, se sientan alrededor del virrey los cuatro oidores. Sólo habla el ministro semanero, y eso rara vez y poco, porque el silencio realza la autoridad. Los demás no toman la palabra

sino cuando el punto es intrincado, o necesitan pedir explicaciones para formar juicio más seguro. El estrado está cubierto de ricas alfombras, y los asientos quedan bajo un dosel de damasco galoneado.

ZUAZO. El virrey se sienta en un almohadón de terciopelo, y de lo mismo es el cojín que tiene a los pies. Poco más abajo están sentados a uno y otro lado el fiscal, alguacil mayor, abogado de pobres, protector y defensor de indios, y los demás letrados que tienen pleitos. También la nobleza y los concejales, cada uno en el lugar que le corresponde, según su empleo y dignidad.

ZAMORA. En sitio inferior, al cual se baja por unas gradas, hállanse a ambos lados escribanos y procuradores: frente a los oidores están sentados a una mesa el escribano de cámara y el relator: aquél escribiendo los acuerdos, y éste haciendo relación de los asuntos. Detrás hay un enverjado de madera, que divide la sala, a fin de que la gente baja y vulgar no vaya a sentarse con los demás: tras este enverjado están en pie, tanto los que tienen derecho de tomar asiento, pero no quieren tomarle, como los que aún cuando quisieran no podrían, porque no gozan de esa preeminencia.

ALFARO. ¡Con cuánto respeto se levanta de su asiento, con la cabeza descubierta, aquel abogado anciano, y defiende a su cliente!

ZUAZO. Mira también cómo se alza del lado opuesto, otro no menos encanecido, y pedida la venia con gran respeto, disiente y contradice.

ZAMORA. Ya impuso silencio a ambos el portero del tribunal, porque han disputado más de lo suficiente. Salgamos, pues, para que haya tiempo de enseñar a Alfaro, antes de la comida. lo que aún nos falta que ver. Volvámonos a cubrir.

ALFARO. En verdad, que habiendo visto esta Audiencia, no hay para qué desear ver las de Granada y Valladolid, que son las más insignes de España.

ZAMORA. Al Palacio y sus tiendas bajas, se siguen, después de pasar la calle de San Francisco, unos anchos y extensos portales, más concurridos que lo fueron en Roma los de Corinto, Pompeyo, Claudio y Livio.

ALFARO. "Donde el pórtico Claudio extiende su dilatada sombra."

ZAMORA. Este es el *medius Janus*, paraje destinado a los

mercaderes y negociantes, como en Sevilla las gradas, y en Amberes la bolsa: lugares en que reina Mercurio.

ALFARO. Las habitaciones que hay sobre el portal creo que serán de los dueños de las tiendas de abajo.

ZAMORA. Justamente.

ALFARO. ¿Hacia dónde va esa calle que pasa por un puente de piedra, más allá de los portales?

ZUAZO. Al convento de los agustinos.

ALFARO. No es menos ancha que la de Tacuba.

ZUAZO. Otras muchas hay tan buenas como ésa, sólo que les falta el empedrado. Pero contempla detenidamente cuánto adornan y enriquecen la plaza los portales que viendo al oriente quedan al lado, pues el Palacio está hacia el mediodía.

ZAMORA. En ellos está el Tribunal inferior, donde administran justicia dos alcaldes que el ayuntamiento nombra cada año, y tienen facultad de imponer pena capital.

ALFARO. En Roma había tres tribunales: en México no sé los que habrá.

ZAMORA. Otros tantos, incluyendo el eclesiástico; pero muy diferentes de aquéllos.

ALFARO. De aquí vino sin duda aquella frase vulgar: *foro utere*.

ZAMORA. Creo que sí. Arriba está la sala de cabildo, famosa por su galería de columnas y arcos de piedra con vista a la plaza. Linda por la espalda con la cárcel llamada *de ciudad*, para distinguirla de la *real*, y junto a ésta queda la carnicería.

ZUAZO. Por el frente vemos en seguida la casa de la fundición, no menos magnífica que la de cabildo. En un amplio local del piso bajo están como encerrados los oficiales que sellan la plata; y para evitar fraudes tienen prohibición de ejecutarlo en otra parte. En los portales bajos del Palacio se hacen también las almonedas públicas, y los oficiales reales pesan las barras de plata, para cobrar el quinto de S.M. Este segundo lado de la gran plaza se cierra con las casas llamadas de Dña. Marina, que siguen a los portales. Una acequia que corre hacia la laguna, es de grandísima utilidad a esta hermosa hilera de pórticos y galerías, pues cuanto necesitan los vecinos se trae por ella desde muy lejos en canoas gobernadas con varas largas, que los indios usan en lugar de remos.

ALFARO. Parece ver la misma Venecia.

ZAMORA. El terreno en que ahora está fundada la ciudad, todo era antes agua, y por lo mismo los mexicanos fueron inexpugnables y superiores a todos los demás indios. Como habitaban en la laguna, hacían a mansalva excursiones contra los vecinos, valiéndose de grandes troncos ahuecados, que usaban como barcas. Ningún daño recibían de los enemigos, pudiendo recogerse a sus casas como a asilo seguro, defendido por la naturaleza.

ALFARO. ¿Pues cómo pudo Cortés ganar ciudad tan populosa y asentada entre pantanos, igualmente impropios para infantería que para caballería?

ZUAZO. Con una traza deshizo otra; pues reconocida primero la profundidad de la laguna, construyó, con ayuda de Martín López, ciertos navichuelos, capaces de acometer uno solo muchas canoas y vencerlas.

ALFARO. ¡Oh héroe ingenioso, de ánimo superior a todos, y nacido sólo para grandes empresas!

ZAMORA. Sus casas quedan enfrente del Palacio, y mira bien cómo pregonan la grandeza de ánimo excelso de su dueño.

ALFARO. ¡Cuán extensa y fuerte es su fachada! De arriba a abajo son todas de calicanto con viguería de cedro; por el otro lado dan a la acequia: divídense en tres patios, rodeado cada uno de cuatro grandes crujías de piezas: la portada y el zaguán corresponden al resto del edificio. Pero ¿quién las habita?, pues el dueño está en España.

ZUAZO. Su gobernador Pedro de Ahumada, sujeto notable por su fidelidad y prudencia; digno ciertamente de desempeñar tan grave cargo.

ALFARO. Así lo oí decir a muchos cuando estaba yo en España. ¿Qué iglesia es esa que se ve en medio de la plaza?

ZAMORA. Es la catedral, dedicada a la Virgen María.

ALFARO. ¿Qué es lo que dices? ¿Allí es donde el arzobispo y el cabildo celebran los divinos oficios, con asistencia del virrey, de la audiencia y de todo el vecindario?

ZUAZO. Ciertamente, y no hay donde se tribute mayor culto a Dios.

ALFARO. Da lástima que en una ciudad a cuya fama no sé si llega la de alguna otra, y con vecindario tan rico, se haya levantado en el lugar más público un templo tan pequeño, humilde y pobremente adornado; mientras que en España no hay cosa que a Toledo (ciudad por lo demás nobilísima) ilustre tanto como su rica y hermosa catedral. Sevilla, ciudad opulentísima, es ennoblecida por su excelso

y aún mucho más rico templo. Pero qué mucho, si hasta las iglesias de los pueblos son tan notables y tan superiores a los demás edificios, que siempre es lo más digno de ver que hay en cada lugar.

ZAMORA. Por ser muy cortas sus rentas, no ha podido edificarse un templo correspondiente a la grandeza de la ciudad, a lo que se agrega haber carecido de prelado en estos últimos cinco años. Mas pues que ya tiene a Fr. Alonso de Montúfar, pastor eminente en religión y en letras, hay grandes esperanzas de que muy pronto quedará hecho como se debe y como tú desearas.

ALFARO. ¿Adónde va a dar esa calle tan ancha, que desde el palacio del Marqués no tiene casas, y viene a acabar en plaza?

ZUAZO. Al hospital de los enfermos del mal venéreo, edificio no despreciable como obra de arte.

ALFARO. ¿De quién es aquella elevada casa a la izquierda, con elegantes jambajes, y cuya azotea tiene a los extremos dos torres, mucho más altas que la del centro?

ZUAZO. Es el palacio arzobispal, en el que hay que admirar aquel primer piso adornado de rejas de hierro, que estando tan levantado del suelo, descansa hasta la altura de las ventanas sobre un cimiento firme y sólido.

ALFARO. Ni con minas le derribarán. Pero sin salir de esta misma acera, ¿qué es aquella casa última junto a la plaza, adornada en ambos pisos por el lado del poniente, con tantas y tan grandes ventanas, y de las que oigo salir voces como de gentes que gritan?

ZUAZO. Es el santuario de Minerva, Apolo y las Musas: la escuela donde se instruyen en ciencias y virtudes los ingenios incultos de la juventud; los que gritan son los profesores.

ALFARO. ¿Y de dónde viene esa acequia que corta la calle?

ZUAZO. Es la misma que corría por la de Tacuba. Pero antes de montar a caballo, contempla desde aquí cuán anchas y largas son las dos calles que en este lugar se cruzan. La de Tacuba, que pierde aquí su nombre, va siguiendo la línea recta del canal, hasta la fortaleza, que llamamos *Atarazanas*, y tanto se alarga que ni con ojos de lince puede vérsese el fin. Esta otra, no menos ancha y larga, que corre por la plaza, delante de la Universidad y del palacio del Marqués, y pasando por un puente de bóveda, se prolonga hasta mucho más allá del hospital del Marqués, dedicado a

la Virgen, ostenta en ambas aceras las casas de los nobles e ilustres Mendoza, Zúñiga, Altamirano, Estradas, Ávalos, Sosas, Alvarados, Sayavedras, Ávilas, Benavides, Castillas, Villafañas, y otras familias que no recuerdo.

ALFARO. La estructura de las casas corre pareja con la nobleza de sus moradores.

ZAMORA. Por aquí iremos al convento de Santo Domingo, viendo de paso las hermosas calles transversales.

ALFARO. Apenas alcanzo a ver el fin de ésta, aunque es muy ancha.

ZUAZO. Llegamos ya a la segunda, no menos ancha y larga que la primera. Porque si no se tuerce camino, hay que pasar tres calles para llegar a Santo Domingo.

ALFARO. ¿De quién son esas casas cuya fachada de piedra labrada se eleva toda a plomo, con una majestad que no he notado en otras? Hermoso es el patio, y le adornan mucho las columnas, también de piedra, que forman portales a los lados. El jardín parece bastante ameno, y estando abiertas las puertas, como ahora lo están, se descubre desde aquí.

ZAMORA. Estas casas fueron del doctor López, médico muy hábil y útil a la república. Ahora las ocupan sus hijos, que son muchos, y no degeneran de la honradez de su padre.

ALFARO. No habrá, pues, temor de que se les aplique aquello de: ¡Oh antigua morada, y cuánto has perdido en el cambio de dueño!

ZUAZO. ¡Qué ancha es esta calle que va a Santo Domingo, hermosa también por sus buenas fábricas!

ALFARO. Al frente hay una plaza, y la calle acaba por ambos lados en casas magníficas.

ZUAZO. Detente aquí algo, y de una mirada abraza estas dos calles: una que va a la plaza, y tiene el nombre del Convento, ocupada por artesanos de todas clases, y esta otra que va al convento de las monjas.

ALFARO. Todo México, es ciudad, es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa. Mas ahora sólo quiero examinar atentamente la extensión y asiento del monasterio. Está en plano, y un poco más alto que la calle, por cuya causa el templo parece mucho más elevado de lo que en realidad es.

ZUAZO. Ayuda a ello la configuración del terreno, que desde aquí va siempre en descenso, tanto hacia la plaza, como hacia el convento de las monjas.

ALFARO. El monasterio es de grande extensión, y delante de la iglesia hay una grandísima plaza cuadrada, rodeada de tapias, y con capillas u oratorios en las esquinas, cuyo uso no comprendo bien.

ZAMORA. Tienen uno muy importante, a saber, que en las fiestas solemnes como Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, su Muerte, su Resurrección y Ascensión, Concepción de la Virgen María, su Natividad, días de los Apóstoles y de Santo Domingo, por no ser el claustro bastante grande para que quepan tantos vecinos, salen rezando ellos y los religiosos, precedidos de la cruz y delante de las imágenes, y van dando vuelta para detenerse a orar en cada capilla.

ALFARO. Por cierto es grande y elevado el templo; es natural que el interior no desdiga.

ZUAZO. Iguales elogios harías de la huerta y del convento si fuera posible verlos.

ALFARO. También corre el agua por caño descubierto en esta calle que va al convento de las monjas.

ZAMORA. Mucha más recibe el convento por otras cañerías ocultas y subterráneas, para que llegue clara y limpia.

ALFARO. ¿Y cuál es la fuente que produce tanta agua?

ZUAZO. La de Chapultepec, lugar célebre por las historias de los indios, y por su abundancia de aguas. Si te parece, iremos allá después de comer, para que desde un cerro que está inmediato veamos perfectamente los alrededores de México.

ZAMORA. Este es el monasterio de las vírgenes consagradas al Señor. Saludemos la imagen de Nuestra Señora, colocada sobre la puerta: "Salve, firme esperanza de los mortales, madre sin dejar de ser virgen, a quien con ambos títulos invocamos; dignate, Señora, de alcanzar de tu Hijo Dios y Hombre el perdón para nosotros, convertidos en hijos de ira por la culpa de nuestros primeros padres, a fin de que por tu intercesión, recobremos la herencia eterna que perdimos. Amén."

ALFARO. ¡Cómo sobresalen en su fábrica estas dos casas cercanas, una enfrente de la otra!

ZUAZO. Son tan bellas como sólidas.

ALFARO. Éstas son siempre las más estimadas; pero hacen mejor vista las del otro lado de la acequia por sus jardines y sus techos pintados. ¿Pero cómo es eso que caminan sobre el agua, unas canoas llenas también de agua? Enigma es digno de Edipo.

ZAMORA. Davo le adivinará, que no es necesario Edipo. El agua en que navegan las canoas no es potable: la que ellas llevan sale de la fuente, y por una gran canal de madera, como pronto vas a verlo, cae de lo alto con gran estruendo sobre las canoas que se ponen debajo.

ALFARO. Ahora lo entiendo, y veo en efecto lo que dices. ¡Dios mío, qué multitud de canoas! ¿Y quién habita este barrio en que entramos, tan notable todo él por sus grandes y elevadas casas, tan extenso, y que disfruta de dos aguas, una para regar, y otra para beber?

ZUAZO. La ocupan vecinos nobles, y entre ellos algunos de los que sujetaron al dominio del Emperador estas regiones desconocidas a los historiadores: Cervantes, Aguilares, Villanuevas, Andrades, Jaramillos, Castañedas, Juárez, otros Ávilas y los demás que sería largo enumerar.

ALFARO. ¡Qué linda plaza se sigue, y cómo embellece las casas no menos lindas! ¡Qué alegre vista de la campiña se descubre por esta calle empedrada!

ZAMORA. Antes bien, y no te causará menos placer, dirige la vista a esta otra calle que va a la plaza: es notable por sus altos y hermosos edificios, y corre también el agua por medio de ella. Llámase de San Francisco, a causa del convento del mismo nombre.

ALFARO. Nada hay en México que no sea digno de grandes elogios; pero me agrada sobre todo esta calle por lo mucho que se parece a la de Tacuba, y aun le lleva ventaja, porque como tiene mayor declive, no se hacen lodazales en tiempos de lluvia.

ZUAZO. Demos vuelta aquí para ver mejor el convento desde la otra puerta.

ALFARO. ¿De quién es esta casa que se ve a la derecha, labrada a toda costa, y cuyos elevados pisos miran a la calle y a la acequia?

ZUAZO. De Castañeda, uno de los conquistadores de esta tierra.

ALFARO. No sería fácil entrarla por fuerza, con ese foso que la ciñe.

ZUAZO. De esta acequia se conduce agua muy limpia para el convento y su huerta, por medio de cañerías subterráneas, y a través de una coladera de hierro. Pero detengámonos, para que, bien sea desde a caballo o mirando por las puertas abiertas, o bien apeándose, si mejor te parece, puedas

contemplar la grandeza del atrio de San Francisco, y lo que tiene de notable.

ALFARO. Es tan plano como el de Santo Domingo, y en el centro tiene una cruz tan alta, que parece llega al cielo. En verdad que debieron ser enormes los troncos de que se labró. Todo alrededor del atrio hay árboles que en altura compiten con la cruz, tan bien ordenados y tan frondosos, que hacen bellísima vista. En las esquinas veo capillas, cuyo uso pienso que será el mismo.

ZUAZO. Diste en el clavo.

ALFARO. Pero lo que más me agrada de todo es la capilla que está tras un enverjado de madera, con todo su interior visible por el frente descubierto. Su elevado techo descansa en altas columnas disminuidas, hechas de madera labrada, y en las que el arte ennoblece la materia.

ZAMORA. Y agrega que están dispuestas de tal modo, que mientras el sacerdote celebra el divino sacrificio, puedan oírle y verle sin estorbo los innumerables indios que se juntan aquí los días festivos.

ALFARO. La iglesia no es muy amplia.

ZUAZO. En especial para cuando Bustamante predica.

ALFARO. Sé que los mexicanos oyen con gran gusto a este insigne orador.

ZUAZO. Dignísimo es de que todos le oigan del mismo modo, porque enseña con claridad, deleita en gran manera, y conmueve profundamente a su auditorio.

ALFARO. Has definido completamente al orador. Bien se conoce la gran extensión de la huerta, por esa larguísima tapia, y por los árboles que sobre ella asoman.

ZUAZO. Enfrente queda el colegio de los muchachos mestizos, dedicado a uno y otro San Juan.

ALFARO. ¿A quién llamas mestizos?

ZUAZO. A los hispano-indios.

ALFARO. Expílicate más claro.

ZUAZO. A los huérfanos, nacidos de padre español y madre india.

ALFARO. ¿Qué hacen allí encerrados?

ZAMORA. Leen, escriben, y lo que importa más, se instruyen en lo tocante al culto divino. Andan de dos en dos, en traje talar, y muchos de cuatro en cuatro, porque son pequeños.

ALFARO. ¿A qué se dedicarán cuando crezcan?

ZUAZO. Los dotados de ingenio claro se aplican a las artes

liberales, y los que, por el contrario, carezcan de él, a las serviles y mecánicas: de modo que creciendo la virtud con la edad, cuando lleguen a ser grandes no se les hará obrar mal sino por fuerza.

ALFARO. Nada es tan provechoso para la república, como educar de ese modo a sus hijos, a fin de que nunca se aparten del sendero de la virtud en que una vez fueron puestos y después encaminados.

ZUAZO. Mucho contribuye a nuestra felicidad o desgracia la enseñanza que de niños recibimos y se arraigó en nosotros con los años.

ZAMORA. Aquí atraviesa otra acequia, y la que seguimos ciñe el convento por la parte del poniente.

ZUAZO. Desde aquí se descubren las casuchas de los indios, que como son tan humildes y apenas se alzan del suelo, no pudimos verlas cuando andábamos a caballo entre nuestros edificios.

ALFARO. Están colocadas sin orden.

ZUAZO. Así es costumbre antigua entre ellos. A la izquierda queda muy cerca un colegio de niñas mestizas, donde hay tantas como varones en el otro.

ZAMORA. Sujetas allí a la mayor vigilancia, aprenden artes mujeriles, como coser y bordar, instruyéndose al mismo tiempo en la religión cristiana, y se casan cuando llegan a edad competente.

ALFARO. Me das noticia de dos asilos utilísimos para jóvenes de uno y otro sexo. ¿A qué santo está dedicado aquel blanco y elevado templo que se ve en lugar despejado, más allá del acueducto?

ZAMORA. A San Juan Bautista.

ZUAZO. Mira ahora ese soberbio y hermoso edificio, como habrá pocos en el mundo, que se llama "las tiendas de Tejada", cuyo nombre toma del uso a que está destinado y de la persona que lo levantó.

ALFARO. Nunca vi cosa más bella. La planta del edificio es triangular: forman dos de sus lados unos anchos y extensos portales, sostenidos con grandes columnas equidistantes, y al otro lado le ciñe un foso lleno de agua. Debajo de los portales hay tiendas tan iguales entre sí, que a no ser por sus números, no pudieran distinguirse una de otra. La parte interior de ellas, también igual en todas, está dispuesta con tal arte, que admira ver cómo en tan corto

terreno hay una casa completa, en que no falta zaguán, patio, caballeriza, comedor, cocina, y todo lo demás.

ZAMORA. Encima del portal se ve el segundo piso de las tiendas, y por esas grandes ventanas reciben sol y luz casi todos los aposentos del dicho piso. A la espalda corre la acequia común a todas las tiendas. Está cerrada con tapias por todas partes, y se ensancha tanto a los extremos de los portales, que forma como dos pequeños embarcaderos, a los que se baja por escalones de piedra.

ALFARO. Es tal la abundancia de barcas, tal la de canoas de carga, excelentes para producir mercancías, que no hay motivo de echar menos las de Venecia. Allí cerca, y frente al tercer lado, tienen los indios un amplísimo mercado, en cuyo centro tocan una campana puesta en alto. Al lado está la horca, a la que se entra y sube por una puerta con su escalera; y a causa de su elevación se descubre desde lejos. ¡Qué gran número de indios de todas clases y edades acude aquí para comprar y vender! ¡Qué orden guardan los vendedores y cuántas cosas tienen, que nunca vi vender en otra parte!

ZAMORA. Así como los hombres varían tanto en idioma y costumbres, del mismo modo no todas las tierras son de la misma naturaleza y calidad.

ALFARO. “Tan vario en rostro como en gusto el hombre”
Y el otro:

“La India marfil nos envía;

“Su incienso el muelle Sabeo”.

¿Pero qué es lo que venden esos indios e indias que están ahí sentados? Porque las más parecen a la vista cosas de poco precio y calidad.

ZUAZO. Son frutos de la tierra; ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, xocotes y otras producciones de esta clase.

ALFARO. Nombres tan desconocidos como los frutos. ¿Y qué bebidas son las que hay en esas grandes ollas de barro?

ZUAZO. Atole, chía, zozol, hechas de harinas de ciertas semillas.

ALFARO. ¡Vaya unos nombres extraños!

ZUAZO. Como los nuestros para los indios.

ALFARO. Ese líquido negro con que se untan las piernas como si fuera betún, y se las ponen más negras que las de un etíope, ¿qué es? ¿Y qué es aquella cosa, negra

también, que parece lodo, con que se untan y embarran la cabeza? Dime para que hacen esto.

ZUAZO. Al líquido llaman los indios *agil*, y le usan contra el frío y la sarna. Al barro llaman en su lengua *zoquitl* o *quahtepuztli*. Muy propio para teñir de negro los cabellos y matar los piojos.

ALFARO. Medicinas desconocidas a Hipócrates, Avicena, Dioscórides y Galeno. Veo también de venta una gran cantidad de gusanos: deseo saber para qué sirven, porque es cosa de risa.

ZAMORA. Son gusanos del agua, y los traen de la laguna. Los indios les llaman *oquillin*; ellos los comen y también los dan a sus aves.

ALFARO. Es cosa extraña. ¿Quién habría creído que los gusanos habían de ser alimento a los hombres, cuando éstos, apenas fallecen sirven de pasto a aquéllos?

ZAMORA. Véndense también otras semillas de virtudes varias, como *chía*, *guahili*, y mil clases de yerbas y raíces, como son el *iztacpatli*, que evacua las flemas, el *tlalcacahuatl* y el *izticpatli*, que quitan la calentura, el *culuzizcaztli* que despeja la cabeza, y el *ololiuhqui*, que sana las llagas e heridas solapadas. También la raíz que llamamos de Michoacán, de cuya virtud purgativa tienen tan benéfica experiencia indios y españoles, que ni el ruibarbo, escamonea y casia púpula, que los médicos llaman medicina bendita, son de tanto uso y utilidad.

ALFARO. La naturaleza, madre universal, produce en todas partes, conforme a la diferencia del suelo, cosas varias y admirables, tan provechosas a los indígenas como perjudiciales a los extranjeros. Mas aquellas hojas tan grandes y gruesas, terminadas en una aguda púa, y guarnecidas de terribles espinas en ambas orillas, sobre que ponen tantas hierbas, raíces y otras muchas cosas, ¿de qué árbol son?

ZAMORA. Del que nosotros llamamos maguey y los indios *metl*, el cual sirve para tantos usos y tan importantes, que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos. Y si no fuera porque es comunísimo en Indias, nada habría en ellas que causara mayor admiración.

ALFARO. Lo más admirable deja de serlo, si cada día se repite, y así es que en todo la frecuencia quita o disminuye la maravilla; por lo que con razón se dijo: “de lo que uno se admira, otro se burla”.

ZUAZO. Comenzando por describirte, te diré que es un árbol que desde la raíz arroja a todos lados muchas hojas grandes, gruesas y puntiagudas, cercadas de espinas durísimas: crece luego recto hasta la altura de una lanza, a modo de columna o de pino sin ramas. Es más grueso en la punta y cuando llega a la madurez, echa unas flores, pajizas. Si se corta, vuelve a brotar; si se deja, se seca al cabo de un año; pero sembrando una hoja, renace un nuevo árbol.

ALFARO. Como el Fénix de sus propias cenizas. Pero dime ahora ¿para que aprovecha?

ZAMORA. De las hojas verdes machacadas y deshebradas en el agua sobre unas piedras, se hace una especie de cáñamo, y de él, hilo con el cual se tejen telas que suplen por las de lino, y se tuercen también cuerdas gruesas y delgadas. La espina, tan dura como si fuera de hierro, en que remata cada hoja, hace oficio de aguja. Las hojas sirven de tejas para techar casas. Las más inmediatas a la tierra son blancas y tiernas, y los indios las aderezan de tal modo, que resultan gratísimas al paladar. Estando secas, son leña que dan un fuego manso y sin humo: dicese que las cenizas son excelentes para varios usos. Arrancado el tallo del centro, se coloca en los techos en vez de vigas: en el hueco que deja, cercado de hojas, se deposita un licor de que primero se hace miel, luego vino, y por último vinagre. De la miel cocida se hace azúcar; y en fin, otras muchas cosas que por ser tantas no pueden retenerse en la memoria, y que ni Plinio ni Aristóteles pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza.

ALFARO. En verdad que son cosas extrañas e inauditas las que me refieres, y con dificultad podrá creerlas quien no las vea. Con ellas se hacen ya creíbles las que juzgamos portentosas o fabulosas, entre las que los antiguos escribieron.

ZAMORA. ¿Pues qué te diré de la *tuna*, que los indios llaman *nochili*? Después de echar sin orden, y más bien en ancho que en alto, unas hojas grandísimas y erizadas de espinas, produce primero tunas de sabor exquisito, mayores que muy grandes ciruelas, y luego en las flores de las mismas cría unos como gusanitos, que matados en el rescoldo son una grana finísima, la mejor que se conoce. A España se lleva una gran cantidad de ella, y a pesar de

eso se vende muy cara. Donde quiera que cae una hoja de ese árbol, forma en breve otro árbol semejante; y lo admirable es que a su tiempo aparece pegada en las hojas una goma que llamamos *alquitira*, de que se aprovechan mucho los confiteros.

ALFARO. Cosas increíbles me refieres. ¿Qué vestidos son esos tan blancos, y con labores de diversos colores?

ZAMORA. *Enaguas y huipiles*, ropas de las indias, y mantas que los hombres usan por capas. La mayor parte son de algodón, porque las más ordinarias se hacen de *nequen*, o hilo de maguey.

ALFARO. Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres, y así es natural que suceda, pues son producciones de un nuevo mundo. Pero deseo saber si hay en México otros mercados además de éste.

ZAMORA. Hay otros dos: uno en San Hipólito y otro en Santiago, el cual dista una milla, o más, de éste, llamado de San Juan. Es cuadrado, y tan grande, que no faltaría allí terreno para edificar una ciudad. Ciérrale por el lado del norte un convento de franciscanos en que hay un colegio donde los indios aprenden a hablar y escribir en latín. Tienen un maestro de su propia nación, llamado Antonio Valeriano, en nada inferior a nuestros gramáticos, muy instruido en la fe cristiana, y aficionadísimo a la elocuencia. Enfrente está el magnífico palacio de su gobernador, que ellos llaman *cacique*, y contigua queda la cárcel para los reos indios. Los otros dos lados son de portales de poca apariencia: en el centro, a manera de torre, se levanta un patíbulo de piedra. Es tal la muchedumbre de indios tratables que concurren a este mercado, que llegan a veinte mil y aún más.

ALFARO. ¿Qué moneda usaban los indios antes de la llegada de los españoles? Porque según Aristóteles, la moneda representa el precio de todo lo vendible.

ZUÁZO. Cambiaban unas mercancías por otras, y además se valían de una especie de bellotas, que ellos llaman *cacahuatl*: éstas eran tenidas entonces en mucha estimación, porque no sólo servían de moneda, sino también de comida y bebida. Aún hoy se estiman lo mismo; sirven de moneda menuda y cámbianse por las de plata. Consúmese anualmente en comida y bebida una cantidad enorme, y no duran mucho sin echarse a perder.

ALFARO. ¡Cuán admirable es en su variedad la naturaleza!

ZAMORA. Mira con toda atención y cuidado el convento de San Agustín, único que nos faltaba que ver, y ha de ser con el tiempo uno de los más bellos ornamentos de la ciudad: observa qué hermosa fábrica, qué alta y adornada.

ALFARO. Profundos y muy sólidos debieron ser los cimientos, para que pudiesen sostener sin peligro tan inmensa y elevada mole.

ZAMORA. Agotada primero el agua por medio de bombas, se asentaron luego grandes piedras con mezcla, para levantar desde allí hasta esa altura las gruesas paredes que estás viendo. Todos los techos (cosa que no hallarás en otra parte) son de armaduras, por las cuales escurre fácilmente a la calle el agua llovediza.

ALFARO. Tales techumbres curvas y abovedadas ennoblecen mucho los edificios, con tal de que las maderas estén labradas con arte.

ZUAZO. Ricamente adornado de casetones está, en el templo y claustro, el interior de los techos que a manera de bóvedas descansan sobre arcos de piedra, cruzados y entrelazados con maravilloso arte.

ALFARO. Las bóvedas artesonadas y matizadas de diversos colores, son mucho más elegantes que todas las otras.

ZAMORA. ¿Qué te diré de las dos crujías interiores que ocupan los religiosos, y ellos llaman dormitorios? ¡Cuán eminentes y espaciosas! ¡Cuántas y cuán grandes celdas las adornan! ¡Qué hermosas vistas se logran desde sus ventanas! ¡Qué tránsitos tan largos y desahogados, para comunicar la luz que entra por los calados de piedra! Y el piso bajo, que es asimismo abovedado, en nada cede al de arriba. Dentro del templo se construyen a ambos lados capillas, mejores que las de Toledo, para que sirvan de entierro a la nobleza. Ese gran espacio que ves delante de la iglesia, ha de ser una plaza, a la que se subirá por varias gradas; y de allí a la entrada de la iglesia quedará un suelo perfectamente plano, cercado con postes de piedra a distancias proporcionadas, y encima sus leones de lo mismo, a guisa de guardianes, unidos por una gruesa cadena de hierro.

ALFARO. Lo comenzado promete cosas mucho mayores y más bellas; y si no me equivoco, cuando esté acabada será una obra verdaderamente magnífica, de tanto mérito y fama, que en con toda justicia podrá contarse por la octava mara-

villa del mundo, añadiéndola a las siete tan celebradas por historiadores y poetas.

ZAMORA. "Obra que la fama ensalzará sobre todas."

ZUAZO. Si más hubiera vivido Cortés, no dudo que el hospital dedicado a la Virgen, que dejó tan soberbiamente comenzado, habría sido igual a sus otras obras.

ALFARO. Los principios de este edificio anuncian ya su grandeza.

ZAMORA. Muy pronto se adelantará la obra con el dinero que hay ya reunido de los tributos destinados al aumento de este hospital.

ALFARO. Hermosa es la fachada y excelente la disposición del edificio. Pero ruégote me informes de lo que realmente constituye el mérito de tales fundaciones. ¿Qué enfermos se reciben y qué asistencia se les proporciona?

ZUAZO. Admítase a todos los españoles que tengan calentura, y son curados con tal calidad y esmero, que no están asistidos mejor ni con más cariño los ricos en su propia casa, que los pobres en ésta.

ALFARO. ¡Oh, una y mil veces dichoso Cortés! que habiendo ganado esta tierra para el Emperador a fuerza de armas, acertó a dejar en ella tales testimonios de su piedad, que harán imperecedero su nombre. Mas ¿por qué apresuráis tanto el paso de los caballos?

ZAMORA. A fin de llegar a tiempo para la comida, porque ya son más de las doce.

ALFARO. Has despertado con esto el apetito dormido y medio apagado. Dime por último ¿de quién son esas casas que hemos visto a la ligera y como de paso, cuyos grandes portones con argollas doradas atestiguan la riqueza del dueño o del que las mandó edificar.

ZAMORA. El dueño y quien las labró es Alonso de Villaseca, que con sólo su industria y sin perjuicio de nadie (cosa que el adagio niega ser posible), ha juntado tal caudal, que en tierra tan rica es tenido por un Crespo o un Midas.

ALFARO. Indudablemente que nada podrá faltarle de lo que constituye la verdadera y efectiva felicidad, si poseyendo tantos bienes sabe vivir pobre de espíritu.

ZUAZO. El hombre es tal como le pintas; y con esto dio fin nuestro paseo. Ruégote, pues, que te apees, porque esta es mi casa y la de mis amigos. Haznos también el favor de comer con nosotros, para que de aquí vayamos con más

comodidad a Chapultepec, y descubramos de allí sin estorbo ni dificultad todos los contornos de México.

ALFARO. No me gusta hacerme de rogar, y mucho menos de un amigo fiel y verdadero.

ZAMORA. Ponte, pues, a la mesa, y cuento con que tu compañía hará que la comida sea tan cortés como alegre: tal en suma, cual Varron la quiere.